

textos

el presente

el miedo y la hierba

Publicado en la edición gallega de El País con motivo de Día das Letras Galegas, dedicado este año a Uxío Novoneyra. Un edición bilingüe de *Os Eidos* se acaba de publicar en la editorial Ardora.

Ignacio Castro Rey, Madrid 11 de mayo del 2010

Eres. Si te preguntas por la *ley* que te constituye, ya estás iniciando el camino de un arduo exilio: la necesidad de modular tu voz desde un lugar abrupto. Esta es la condición de cualquiera, aquella que el poeta actualiza en voz alta. Lo que la poesía consigue en "un tiempo que remata en cada aliento" (Novoneyra), la filosofía tiene que alcanzarlo en un discurso más lento; pero si no tiene en su base esos posos de sabiduría instantánea, tampoco es filosofía.

Ciertas crisis en la *presencia* que nos exige este mundo no se salvan con la ética de las ciudades -ni Santiago ni Venecia-, sino en la naturaleza, esa exterioridad que *ama esconderse*. Tal desnudez espectral fue la que nos enseñó a soltarnos. Lejos de los hombres descubres incluso que la hipocresía colectiva es crucial, una puesta en escena sin la que la verdad no es nada. Aunque no siempre es fácil desdoblarse, debemos asumir la vulgaridad de la revelación.

Para lograrlo, a veces tienes que retirarte a un paraje silvestre, llámese Parada o Roxe de Sebes, para mudarte en otro y cambiar de nome. Inicias entonces un experimento radical contigo mismo que pone en suspenso todas las identidades anteriores en favor de la *existencia*, que siempre espera delante. En el fondo está el descubrimiento de Sócrates: no tenemos otra tarea más alta que prepararnos para la muerte, para la potencia jugadora de una irremediable infancia.

¿De joven fuiste desgarrado? De mayor debes ser pueril. Debes esquivar la férrea identidad del Yo para permitir que las cosas se posen cerca con su inmensidad. Dejar que respire el suelo oriental de una vida que rodea a la historia, de una eternidad que coexiste con la más breve duración. Desde este instante que envuelve al tiempo, Graves dice: "¿Tienes miedo a la muerte? La muerte no es nada: el sello de plomo aplicado a un frasco repleto". Novoneyra respira en el ámbito de este emblema, haciendo actual una sencillez popular que arranca música de la fragilidad de los seres de un día.

Os Eidos, del cual aparece ahora la primera versión castellana, recrea un mítico lugar natal. Cualquiera que estuviese en la Sierra del Caurel sabe que allí se junta el azul escarpado de la distancia con la dulzura de un manto verde que no es fácil encontrar en otras comarcas. Como en miniatura, lo característico de esta sierra es reunir la variedad de la montaña en una densidad cromática y climática peculiar. Del brezal violeta a la cornisa de rocas, del pelaje del ganado a la sombra del barranco, una adorable policromía se hace visible en la misma mañana, desde la misma ventana. Como si fuesen

estados de ánimo de un ser vivo llamado Tierra, cruzan *Os Eidos* campos, cielos, ramas suspendidas. La vecindad del secreto permite leer en el aire, mientras se practica una religión solo necesitada de nubes, vencejos y viento.

La soledad de la montaña se presenta en este libro como escuela de la soledad del hombre, un humano que ahora escucha ese inmenso *clamor confidencial* del que habla la carta de Ramón Piñeiro que abre la primera edición de *Os Eidos*. El poeta deja ser a las cosas. La herrumbre de noviembre, los viejos caminos abandonados, el silencio de nieve. Y siempre esa distancia agreste, libre de la "debilidad" de lo social, en la que fluye una corriente saturada de enigmas. Es como si esta providencia poética, que Novoneyra elabora escuchando el rumor ancestral de los seres mudos, conjurase con un *infinito en acto* el peligro que para nosotros encierra el temido exterior.

"Llueve para que yo sueñe". La obra entera de Novoneyra piensa desde los elementos. Como si él, por delicadeza, no se permitiese nada que no tuviera un lenguaje en la comunidad de los seres mortales. Y sin embargo, esa corriente que reúne lugares y leyendas, no se entrega sin una previa desprotección, sin una travesía conceptual que nos pone a prueba. La liturgia de las edades del hombre ya indica que la tierra no le habla al oído, ni llega a la precisión del lenguaje, si antes no tuvo una experiencia perigosamente moderna de lo otro.

Solamente entonces se nos entrega esa "hermandad profunda que la distancia tensa". Te recuerdas primero caminando, solo y sin ecos en sitios apartados, igual que las hojas ruedan en el sombrío otoño. Un día, casi sin darte cuenta, te das la vuelta y estás rodeado de los tuyos.